



su honor y reproducen en sus danzas emblemáticas los juegos y las fiestas de la patria del Nilo.

Vinieron después los fenicios con sus dioses siriacos, y especialmente con su Bel el Helios, el sol de los griegos que halló también sus templos y sus adoradores; con el genio de las aguas, Poseidon, Neptuno, que disputó á Minerva el incienso y los homenajes de la Atica.

Entre los helenos, no había todavía nada de esta extraña confusión; fué necesario que los bárbaros helenos vinieran á concluir con todos los dogmas pelásgicos y á producir un inexplicable desorden en estos confusos cultos. Valor necesitaron ellos y su campeón el padre de su raza el *In-Pater* (1), Zeus ó Dios por excelencia, que estableció por todas partes sus altares. Y así como los helenos dominaban las otras poblaciones pelásgicas, cananeos y egipcios, así como Júpiter fué el maestro de todos dioses. Destronó á Saturno, Chronos el antiguo «sol fecundo» como Deucalion había destronado al rey de Hemonia; y según que sus fieles fueron más ó menos fuertes, llegó á hacerse el padre de Atenes, el hermano y el esposo de Juno. El Olimpo, residencia primitiva de los deucaliones fué el país celestial, y al rededor del vencedor todopoderoso, vinieron á agruparse los doce grandes vencidos que él se dignó admitir á su consejo, los doce *consejeros*. Pero Zeus no había abdicado su superioridad y sabía recordarles que cuando unieran ellos sus fuerzas contra él, y que cuando ellos se colocaran todos al extremo de una enorme cadena y ataran con ella á todo el universo, sólo él bastaría para destruirlos á todos con un pequeño movimiento de su derecha (2).

Estos seres, groseros como sus adoradores, que siempre estaban comiendo y no lo dejaban

(1) Padre de los *In*; *Iuni* dicen los egipcios *jo-nios*, *Javanas*, de *Javan*, hijo de Jafet. Es necesario no olvidar el origen ariano de los pelásgos, y los vestigios que este origen había dejado en su culto. Se identificó con razón el Zeus-Pater ó Diespiter (Júpiter), con el Dyaus-Pitar que en sanscrito tiene el sentido de Dios padre y creador. Recuerda el Hindra de los vedas (Véase Maury, *Historia de las religiones de la Grecia antigua*).

(2) Homero.

más que para entregarse á vergonzosas bacanales ó á bajas y miserables intrigas, no tenían necesidad ni de sábios sacerdotes, ni de misteriosas adoraciones. Víctimas adornadas con flores y guirnaldas, licenciosas ceremonias ó voluptuosas fiestas les honraban bastante, y para tal ministerio era inútil una casta privilegiada y poderosa. Los sacerdotes eran para los griegos casi un objeto de lujo; y si no hubiera sido por el crédito de los oráculos y algunas ceremonias de adivinación, no hubiesen jugado papel ninguno; ellos se ponían á salvo con las supercherías de la pitonisa y con los oráculos divinos.

La creación de los oráculos es puramente occidental, y su análogo no se encuentra siquiera en Oriente.

En Asia acudían al *vidente*. Habiéndose dignado Dios hablar algunas veces por boca de sus elegidos, el don de la profecía se atribuyó frecuentemente á personajes privilegiados y su poder fué grande y temible, pero era siempre individual. En Europa, en Grecia especialmente, se creyeron que la divinidad afectaba, no ya á un hombre, sino á un lugar, y que siempre tenía una respuesta pronta para aquel que colocara la «pitia» sobre el trípode, ó que se dejara deslizar en la caverna de *Trofonio*; singular idea que tiene su explicación en la poca elevación de creencias teológicas de la época. Los helenos no se inquietaban mucho por saber si el Universo estaba ocupado con la presencia del Creador. Un fenómeno físico llamaba su atención; esto era lo bastante para ver en él la acción directa de uno de los seres superiores: *Dios, Dios; hé aquí á Dios*, exclamaban ellos como las sacerdotisas (1). Y se prosternaban temblorosos, justificando con esto la palabra de Lucrecio: «El temor es el que ha creado las divinidades (2).»

Tal era la religión helénica, fruto de la conquista.

Sería un error capital el hacer extensivo á todos los griegos el odio general que justificaría lo expuesto de esta degradación. Algunos

(1) Virgilio, *Eneida*.

(2) Lucrecio, *De natura rerum*.



hombres se habían librado de la depravación universal, y algunas inteligencias sobrevivían aún para recibir el depósito bien débil y corrompido de las tradiciones antiguas.

En todas las conquistas parciales, y sobre todo en la invasión de los helenos, la clase peor tratada fué siempre la de los sacerdotes. Habían sido proscritos con una especie de furor por los nuevamente llegados. La muerte ó la huida era lo que les esperaba; muchos de ellos se retiraron al Norte. Un refugio se les ofrecía en los dos grandes santuarios pelásgicos, en Dodona y en Samotracia.

En Dodona las sacerdotisas de los primeros tiempos, las *Peliotas*, que eran tres según el antiguo símbolo ternario, invocaban así al gran Dios, «el sublime, el muy sublime, el más sublime (1).» «Zeus era, Zeus es, Zeus será. ¡Oh gran Zeus!» Pero bien pronto los sacerdotes helénicos invadieron este asilo, y la isla santa fué el único abrigo que quedó á la casta proscrita. Gracias á todas las precauciones de la ceremonia, pudo Samotracia conservar por largo tiempo y esparcir sus doctrinas entre las clases superiores de la sociedad. Allí se conservaron aún en medio sin duda de numerosos errores y mentiras, que se iban aumentando cada día, ciertas nociones capaces de elevar el alma á una contemplación más pura, á un conocimiento más verdadero de la divinidad. Allí se enseñaban la unidad de Dios y su trinidad de personas, recuerdo de la primitiva tradición.

Lo que el santuario de Samotracia fué para el culto pelásgico, el de Eleusis fué para los dogmas de la religión egipcia, renovada en Atica con la llegada de la colonia de Erecteo.

Hubo además allí una especie de fusión entre los dos sistemas en lo que tenían de semejante. La trinidad cabirica y la triada de Egipto se llegaron á unir. La confesión al *Koios*, sacerdote, fué allí admitida; y por una concesión recíproca tuvieron también en ella cabida la metempsicosis y la psicostosis. Esto ya significaba dar algún paso más en el error; el trascurso de los tiempos trajo consigo aberraciones

(1) «Upatos, psitos», dice Pausanias. (*Phoc.*, XII. *Atiq.*, XXVII.)

todavía más peligrosas, y el misterio que desde luego no había servido más que para disimular ciertos puntos de doctrina, cubrió como con un velo protector los desórdenes vergonzosos y las infames bacanales.

Todos los sábios de este tiempo estaban ya iniciados, y esta ceremonia les había dado los primeros fundamentos de sus doctrinas.

Las almas más elevadas no se contentaron con las relaciones de Oriente y de Occidente. Se conservaba en lo más secreto de los templos de los cabires y de Isis un recuerdo imponente y una veneración casi filial para los padres de la ciencia y de la fe, para los maestros de Menfis y de Tebas, y para los sábios de Oriente. El deseo de conocer y el amor al saber arrastraron á algunas de las más nobles inteligencias, y arrojando todo género de peligros y los azares del camino, los hijos de la Grecia fueron á llamar á las puertas del Egipto, de la Caldea y de la misma India, con vivos deseos de instruirse, y además con una rara docilidad y una credulidad completas. El Oriente se admiró al verles y probó su perseverancia; después, sin descubrirse por entero, se dignó entregar á su ardor algunos vestigios de la verdad conservada y de sus nuevos errores.

Después de trece años de lecciones y de estudio, un sacerdote de Heliópolis decía al mejor genio de la Grecia: «¡Platon! ¡Platon! Vosotros, griegos, sois unos niños.» Palabras llenas de verdad; pues por lo que toca al Asia sabia y misteriosa, los griegos no eran más que niños; su filosofía, sus trabajos, sus sistemas no eran otra cosa que juegos y puerilidades, sobre todo en aquellos siglos á que hemos llegado, siglos notables entre todos por el grande desarrollo que toman las ideas y los conocimientos humanos sobre toda la tierra de Asia.

Es en efecto un espectáculo admirable, y que llena de admiración y espanto, al ver la prodigiosa actividad que se manifiesta entre todos los pueblos orientales por los trabajos de la inteligencia. Por todas partes están inquietos los espíritus. La vida material queda asegurada para lo sucesivo; á pesar de los cambios parciales y de toda clase de fortuna en las guerras y en las dominaciones, la existencia





de las naciones está actualmente fuera de peligro: reinas ú súbditas, ellas vivirán. Ha pasado el tiempo de las grandes crisis, donde se agitan cuestiones de muerte y de vida. Entonces nacen y se agitan las necesidades morales é intelectuales de la patria, el espíritu del hombre se despierta. Libre de las preocupaciones del momento, mira atento en derredor suyo, se pregunta y pregunta á la naturaleza entera; se suscitan las cuestiones, él les da su solución. La vaga y tradicional creencia, no basta ya; hasta para las leyes de lo alto, desea una manifestación exterior. No basta que la divinidad haya hablado en otro tiempo á sus predecesores, no basta que las órdenes supremas se trasmitan por el órgano sagrado de los sacerdotes. El espíritu exige, para someterse á los enviados, que exhiban sus títulos y sus letras de crédito; no se doblará sino ante los caracteres divinos de un libro, *Vedas, Kings, Zend-avesta*, poco importa que sea el que quiera. ¿Y por qué del décimo al sexto siglo esta extraña y nueva pretension? El error estaba, sin embargo, bastante formulado; el poder de sus doctores era bastante incontestable. ¿Por qué, pues, ceden tan fácilmente á tan singular exigencia? La razon está sobre el capricho de la humanidad, y en este nuevo movimiento, en este raro progreso, la mano del Señor aparece más visible que nunca.

Haga lo que quiera, el género humano está siempre bajo la acción de Dios, y cuando este gran Dios se digna intimarle una orden, lo hace de una manera soberana é irresistible. Pero era necesario que la misma mentira viniera á dar testimonio de una manera invencible á la verdad, y que de sus pérfidos labios se escapara un grito involuntario. Era necesario que la palabra santa removiese el mundo, y que de todas partes, en testimonio de homenaje y adhesión, se elevasen también las palabras de los hombres, esas palabras que balbuceaban los antiguos recuerdos y proclamaban las nuevas aberraciones. Era necesario, en fin, que en derredor del libro inspirado por el Espíritu de la luz eterna, vinieran á agruparse todos estos «libros,» pobres engendros del espíritu extraviado de los hombres, á fin de que

en el día de las inefables misericordias, el universo regenerado pudiera servirse de ellas como de un guía, para elevarse hasta el trono de la celestial verdad.

Moisés había aparecido, y las sacudidas del trono de Sinaí habían conmovido profundamente el mundo. La misión del gran legislador no pudo ser un misterio para el Oriente, cuyos destinos todos sabía la Judea. El Egipto sabía la marcha del «escriba de genio,» discípulo de los sacerdotes de Heliópolis, y le hacía proceder del tiempo de la muerte de uno de sus reyes y de la ruina de todo un ejército.

Las caravanas de la Palestina le habían enseñado los triunfos del pueblo fugitivo; los restos de los bárbaros de la costa que el rey de los árabes había recibido y que su ejército victorioso había trasportado hasta la extremidad del Africa y Cabo de Tánger (1), esparcieron á lo lejos la fama de éste; Josué á cuya voz se detuvo el sol en su carrera. La Siria y el Asia Central temblaron ante la espada del rey profeta; la grandeza de Salomón fué saludada desde las márgenes del Eufrates y del Tigris; al mismo tiempo que sus gloriosas embarcaciones surcaban los mares allende las columnas de Hércules, los restantes navíos iban á pedir el oro y las perlas de Ofir hasta el interior de la India é islas de la Oceanía (2). Esto era una manifestación de su poder; era el poder del Altísimo, gloriosamente cantado en los dos extremos del universo por los triunfos de sus hijos.

Después vinieron los tiempos del castigo y de la desgracia. La esclavitud fué otro medio más activo aún que el comercio y la victoria.

(1) Véase la *Arabia*, Abu'lfeda.

(2) El hecho de la presencia de los israelitas en las islas de la Oceanía nos parece ahora incontestable. Uno de nuestros más célebres navegantes, el capitán Freijonet, que mandaba la expedición de la *Urania*, reconoció una multitud de usos, instituciones y leyes que no pueden tener evidentemente su origen más que en la constitución mosaica. Debemos á su actividad multitud de detalles que harían remontar esta introducción de la ley judaica á la época de Salomón.

El *Qfir* de la Escritura se extendería hasta las islas más apartadas.



Esta Babilonia, que arrastraba los hijos é hijas de Sion á su carro, no sospechaba que ella cumpliría los grandes designios del Dios, cuyos vasos sagrados manchaba con sus orgías. Ponia su yugo sobre el cuello de los miserables vencidos y los lanzaba por colonias hasta los confines de la Persia y hasta los límites más apartados de su imperio.

Pero todas estas semillas germinaron á su tiempo; y fué una maravilla el ver por todas partes nacer nuevas doctrinas y desconocidos pensamientos. Se observaba una agitación sorda; por do quiera hubo grandes movimientos en todas las naciones; los sacerdotes hacían temblar el suelo á sus pies. Era el eco de Horeb y del Sinaí. *Thoth Trismegisto* escribió los libros del Egipto y Uyasá reunió á los vedas.

Era casi una justicia que el Egipto fuera el primero en ver sus libros revelados. Manifestóse la misma divinidad, y el Creador enseñó á los sacerdotes las líneas escritas por su mano. Pero en estas obras de Hermés la cosmogonía es la que preocupa ante todo á la idea del escritor, y si damos crédito á lo que refiere *Pimander* (1), y que dice ser un extracto de los antiguos jeroglíficos, la casta sacerdotal habría guardado en sus doctrinas secretas alguna memoria de las verdades primordiales. «La inteligencia, que es Dios, produjo con el Verbo, que es su pensamiento, otro sér activo. Dios como uno y otro, y que es el espíritu de Dios, ó el dios Fuego (2).» Comparemos esta doctrina con las que hemos visto veladas con el símbolo de Apis, y oigamos esta invocación contemporánea de Moisés:

«Schu es el dios de este mundo; está sobre los cielos y sobre las imágenes de la tierra; se le ofrece todos los días incienso cuando comienza á brillar al presentarse á nosotros; él es el

(1) Este *Pimander* fué escrito según todas las probabilidades en tiempos de la escuela platónica de Alejandría. Sin embargo, pudiera suceder que comprendiera doctrinas que se remontaran á la más remota antigüedad; esta es, por otra parte, su pretension, y queda suficientemente justificada por lo que se sabe del Egipto y del estado general de los conocimientos en la época á que nosotros hemos llegado.

(2) Esto es lo que se halla en el obelisco de Roma en el gran circo.

que multiplica los panes, él el que habló á la madre.» Si el egipcio identificó el sol, el astro de la luz ó del día, con la suprema inteligencia, no ha perdido, sin embargo, todavía la noción de este Dios creador, único, invisible, inaccesible, generador eterno, que existe por sí mismo, se engendró á sí mismo y engendró á los demás séres (1).

Por desgracia cesa la verdad con esta primera noción, porque la inteligencia de su Dios posee la doble fecundidad de los dos sexos, y creó siete agentes que contienen el mundo material, y cuya acción se llama destino. Pero Thot se acordó de la creación y de la caída del hombre. «La inteligencia, padre de todo, procreó al hombre semejante á sí, y le recibió como á hijo suyo, porque era hermoso, y un retrato de su padre.» Pero habiéndose el hombre precipitado desde la contemplación de su padre á la esfera de la generación, deseó entonces romper las circunferencias de los círculos que contienen la materia; y el *mal genio*, que tenía omnimodo poder sobre los animales privados de razón, salió del seno de la armonía, desgarró el poder de los círculos y enseñó la naturaleza como una de las hermosas formas de Dios. El hombre quedó prendado de amor por ella. De aquí nació una forma privada de razón, y por haber querido penetrar así una superior armonía, cayó el hombre en la esclavitud... Pero su alma es inmortal: después de la muerte los sentidos vuelven á su primitivo ser, el cuerpo se disuelve, y el espíritu se remonta de armonía en armonía por siete círculos hasta la esencia de Dios (2).

No se detuvieron aquí estos doctores de Menfis y de Heliópolis, sino que entregados á sí mismos y trabajando sobre las ideas de las almas y de absorción en la divinidad, llegaron á las locuras de la metempsicosis y á la creencia del alma universal.

Esta inteligencia soberana que había creado el universo, hacía la cual debían tender to-

(1) Discurso del conde Rougé, 24 de Agosto 1861, en la sesión pública de las cinco Academias, *Anales de la Filosofía cristiana*, Setiembre, 1861.

(2) Champolion-Fegeac, *Egipto en el universo pintoresco*.





dos los deseos de los mortales dotados de razon y de ciencia; esta inteligencia, cuya accion se reproducia á cada instante en el mundo, se la representaron como animando á todas las sustancias, ocultándose bajo todas las formas, sin exceptuar la material. Dios no fué más que el alma del mundo, y de esta palabra se desprenden todas las imaginaciones del panteísmo. La misma naturaleza, personificada en el segundo agente de la creacion, llegó á ser la diosa madre, la fuerza generatriz soberana, Neith ó Isis, y pronto recibió el culto y las adoraciones de estos espíritus degradados. Esto es lo que hacia decir á Platon que los más antiguos poemas egipcios eran himnos en honor de Isis.

Así que en la redaccion de estos libros antiguos se encuentra entre los esplendores de la sabiduría, revelada en el dia primero, las densas tinieblas que ya la razon humana ha sabido ir acumulando, y que concluirán por ahogarlas estas débiles é inciertas luces.

La India, sin embargo, se habia decidido á la obra. El grande compilador Wyasá, bajo el cual se oculta, como bajo Thoth ó Hermes, la casta toda de los sábios y de los sacerdotes, habia reunido las instrucciones abandonadas por la misma divinidad; los *Vedas* y *Dharma-Sastrá*, la ley, se mostraban al pueblo y se enseñaban á los reyes y á los brahmanes.

En un principio no habia más que una alma, y ninguna otra cosa existia; el Sér estuvo pensando: «Yo crearé los mundos;» y creó los mundos, el agua, la luz y las cosas mortales. Se puso á pensar: «Hé aquí ya mi obra; crearé centinelas para estos mundos...» Pero ¿á qué Dios ofreceríamos nosotros nuestras oblaciones, sino á aquel que hizo el firmamento fluido, y la tierra sólida, que fijó el mundo solar y la celestial morada, que formó las gotas de la lluvia en la atmósfera? ¿A Aquel á quien contemplan los cielos y la tierra, en tanto que quedan desvanecidos con sus dones, é iluminados por el sol que sobre ellos se halla? (1). Pero al lado de estas nociones verdaderas y puras, aparece el

(1) Colebrooke, *Investigaciones asiáticas*, vol. VIII. *La mujer en la India antigua*, por Bader.

gérmen del error, cuya principal causa reconoce á la cosmogonía, eterno escollo de la razon del hombre, abandonado á sus propias fuerzas. «El Sér eterno salió entonces de las aguas y formó un sér revestido de un cuerpo; le miró, y de la contemplacion de esta mirada abrióse la boca, y salió de ella la palabra como si procediera de un huevo. ¿Quién sabe con exactitud ni quién dirá en este mundo de dónde y cómo tuvo lugar esta creacion? Los dioses son subsecuentes á la produccion de este mundo; otras deidades que pertenecen á las distintas regiones, no son sino porciones de los dioses; pero no hay más que un Dios, la grande alma, y esta grande alma se halla distribuida entre todas las criaturas. La inteligencia, que es tambien una porcion de ella, cae despues de la muerte de las criaturas en el inmenso océano de donde habia salido, ó bien va á animar á otros cuerpos» (1). Tales son las ideas primitivas que en medio de increíble confusion de oraciones, himnos, ritos, estatutos, conjuraciones, diálogos, imprecaciones é instrucciones de todo género contienen estos libros, en los cuales el brahman debe tener todos los dias un rato de lectura.

Ya era esto bastante para la India; pero estaba por crearse todavia una organizacion política y civil, ó más bien era necesario dar apoyo al estado social existente, sobre bases incontestables, como lo estaba la doctrina religiosa. Un libro emanado de la boca de Brahma apareció en los pueblos maravillados; el libro de la ley, *Dharma-Sastrá*, la conducta civil y moral del hombre, con la autoridad del Dios, de quien emana. «Señor, dicen los moharquis, santos de primer orden, á Manu, dignaos declararnos las leyes que conciernen á todas las clases primitivas... Tú sólo ¡oh Maestro! conoces los actos, el verdadero sentido de esta regla universal, existente por sí misma, inconcebible, y cuya extension no puede apreciar la humana razon, que es el *Veda*,» añade el comentador (2).

(1) Holwel, el capitán Dow, citados en Marles: *Historia de la India*.

(2) Loiseleur-Deslonchamps, traduccion del *Manavá-Dharma-Sastra*.



Y entonces el sábio, precedente del sér que existe por sí mismo, *Swayambura*, les descubrió el origen del universo (1), el de las cuatro clases humanas, sus atribuciones jerárquicas, y muy especialmente la alta mision del Brahman, cuyo nacimiento es la encarnacion eterna de la justicia (2), y que soberano señor de todos los séres, vela por la conservacion del tesoro de las leyes. Vienen despues los deberes y los sacramentos (3), el matrimonio y la constitucion de la familia (4), los medios de subsistencia y los preceptos que es necesario observar (5), las reglas de abstinencia y de purificacion para las mujeres (6), las obligaciones del anacoreta que desea alcanzar la perfeccion (7). Establecido esto, el estado tiene necesidad de una organizacion; los siguientes libros van á ocuparse de los reyes y de la clase militar (8), de la justicia y de las leyes criminales (9), de los deberes de la clase comercial y de la clase servil (10); la prevision de los casos de desgracia y de angustia, las penitencias y las expiaciones ponen el sello á todo este cuerpo de legislacion; y por último, como para coronar su obra el sábio *Muni*, exhorta á los hombres á que procuren alcanzar la bienaventuranza final, y les enseña la transmigracion de las almas. «Pensar en apropiarse el bien de otro, meditar una accion culpable, abrazar el ateísmo ó el materialismo, son los tres malos actos del espíritu;» el sér dotado de razon es castigado en su espíritu por sus actos, y despues de su muerte renace en la más vil de las condiciones humanas. De este último principio se siguen las aberraciones de la metempsicosis y las continuas trasformaciones subordinadas á un grado de culpabilidad.

Pero al lado de este castigo hay un contras-

(1) Véase la *cosmogonía* en nuestro artículo de la India, segundo período.

(2) *Manavá-dharma-sastra*, lib. I; *Sloca*, 98 y 99.

(3) Libro II.

(4) Libro IV.

(5) Libro IV.

(6) Libro V.

(7) Libro VI.

(8) Libro VII.

(9) Libro VIII.

(10) Libro IX.

te delicioso con el estado siempre deseado que se resume en el gran Sér. Al considerar todo en el alma divina, no entrega su espíritu á la iniquidad. Esta alma es la imágen de los dioses; el universo descansa en ella, ella es la que produce los actos realizados por los séres animados, y el hombre, que reconoce en su propia alma el alma suprema, presente en todas las criaturas, se muestra él mismo con relacion á todos y logra la suerte más digna de envidia, la de ser al fin asimilado á Brahma.

Así se completaba todo el sistema que debia, como una estrecha red, comprender por siempre en sus mallas la vida moral, política y social de los indios. En este trabajo se representan, como entre los demás sábios del Oriente, los reflejos de la antigua luz, pero en ninguna parte acaso es más sensible la accion de la raza humana, en ninguna parte se presenta mejor este extraño poder por las concepciones del error. Hay una fuerza increíble de falsos razonamientos en lógicas consecuencias, en absurdos principios y sólidos argumentos; no hay aberracion que allí no esté en gérmen, ni locura que allí no se halle en algunos de los versículos de su escritura.

La casta sacerdotal habia tomado una parte muy importante en la dominacion del cuerpo y de la inteligencia. Merecia, por la elevacion de sus doctrinas, recoger pronto sus frutos. La obra comenzada va á continuar con ardor; las semillas depositadas en los vedas serán fecundas. Estos libros sagrados van á ser como el centro de una admirable actividad, el punto de apoyo ó punto de partida de una multitud de sistemas más ó menos atrevidos, más ó menos notables, pero siempre pródigos en dudas y en vagas doctrinas.

La necesidad del momento estaba satisfecha á lo menos, y el espíritu humano encontraba una especie de certeza en la cual debia descansar. La imperiosa necesidad de la creencia y la fe, esta sed íntima de conocer y de ver, aplacábase un instante ante la manifestacion de los secretos ocultos por espacio de mucho tiempo á su actividad. Además, durante dos siglos por lo menos, los sábios van á vivir de este alimento; todas las fuerzas de su imaginacion